

Teoría, métodos y técnicas en Arqueología

Pedro Francisco Sánchez Nava



Sara Ladrón de Guevara, Lourdes Budar y Roberto Lunagómez (coords.), *Haciendo arqueología. Teoría, métodos y técnicas*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 2012.

En este volumen se conjugan los esfuerzos y las reflexiones de distintos investigadores, representantes de instituciones tan reconocidas como la Escuela Nacional de Antropología e Historia, la Universidad Veracruzana y las universidades autónomas de Campeche, Yucatán y Zacatecas, y nos comparten sus textos que discurren por la teoría, los métodos y las técnicas arqueológicas.

En una cuidada edición que consta de 264 páginas y 13 colaboradores, encontramos —después de una breve pero suficiente introducción de los coordinadores— la primera participación, obra de Walburga Wiesheu, “Estrategias de liderazgo y paisajes políticos dinámicos en las sociedades complejas tempranas”. La autora comparte sus reflexiones en torno a cómo han influido en estos campos de análisis las perspectivas de la teoría posprocesual, que ha permeado en nuestra disciplina en los últimos años. Con base en ello se subraya la existencia de relaciones dinámicas del poder y de la autoridad, lo que se refleja en una marcada competencia entre los diferentes sectores económicos y sociales, generándose un escenario de heterogeneidad y de tensión en el paisaje político de esas sociedades complejas tempranas, lo mismo en el nivel local que en el regional.

Estas circunstancias se ven reflejadas en la cultura material presente en los depósitos arqueológicos y forma parte de los diferentes niveles de análisis. La autora puntualiza la necesidad de tomar en cuenta el contexto ambiental en que se desenvuelvan las diversas entidades políticas bajo estudio, articulando su viabilidad con distintas esferas de análisis, como lo pueden ser éstas en el ámbito regional, local, comunitario y doméstico, estableciendo marcos teórico-metodológicos multidimensionales que sirvan para el análisis de las diferentes facetas y dimensiones sociales reflejadas en la cultura material. Este interesante

trabajo es en sí mismo digno de análisis y reflexión.

En el mismo apartado de la “Teoría Arqueológica encontramos un provocador artículo de Stanislaw Iwanisewski: “¿Cómo entender la idea de la agencia de las formas del paisaje?”. El autor desarrolla sus planteamientos desde una visión ontológica, incorporando este paradigma a los análisis de la arqueología del paisaje. Un concepto fundamental en el trabajo que nos comparte Iwanisewski, es el sentido de unicidad de lo social y lo natural, de los entes humanos y los no humanos como agentes, lo que implica sistemas de conocimiento fundamentados en la ontología y en la epistemología.

Con base en lo anterior se plantea en el artículo que muchas de las sociedades mesoamericanas dieron a las formas paisajísticas un carácter de entidades vivas y, por lo tanto, para un análisis bajo los preceptos de la arqueología del paisaje es indispensable dar a ambas entidades, a lo social y a lo natural, el mismo estatus epistemológico; por tanto: “[...] para conocer el mundo se necesita buscar no un significado que resulte de las clasificaciones lógicas y objetivas, sino más bien su significado ontológico”. Esta perspectiva es particularmente útil en el estudio de contextos religiosos, rituales o psicológicos. El trabajo de Iwanisewski, su profundidad y perspectiva, da cuenta cabal de la consolidación que en los últimos años han alcanzado los estudios paisajísticos en la arqueología.

Ya dentro del ámbito de la arqueología de campo, encontramos el trabajo que aporta Rafael Cobos, bajo el título “Chichén Itzá-Isla Cerritos: la arqueología de la capital y su puerto”. En un texto conciso, directo y elaborado con base en los resultados de varios años de investigación en la gran ciudad maya y en su principal puerto, el autor destaca la importancia que la Isla Cerritos tuvo para el gran desarrollo económico, político y social de Chichén Itzá, principalmente en los siglos X y XI, para decaer después del año 1100 de nuestra era.

La exploración de diversos contextos y edificaciones localizados en ambos emplazamientos hizo posible determinar cómo a partir de ese puerto se garantizó el control de las importantes sali-

neras de “Las Coloradas”, yacimientos cercanos a ese sitio, amén de hacer posible que llegaran a Chichén Itzá productos, materias primas y objetos suntuarios procedentes incluso del sur de la actual Unión Americana y de Centro América en la porción meridional de Mesoamérica. Entre estos productos se encontraron elementos de basalto del sur de Veracruz, collares procedentes de Oaxaca, turquesa del suroeste de Estados Unidos, obsidiana del Centro de México, vasijas del sur de Campeche, Tabasco y Guatemala, así como objetos de oro de Panamá o Costa Rica.

Los estudios también permitieron determinar que la hegemonía de Chichén Itzá hizo posible un estricto control en el intercambio y distribución de los bienes señalados, principalmente en los siglos X y XI de nuestra era. Planteándose que este control pudo no sólo ser en el nivel regional, sino incluir una incidencia en un plano pan-mesoamericano, como indican las probadas relaciones con capitales como Tula y El Tajín, lo que habla de la complejidad social que alcanzó la urbe maya en los periodos señalados.

Para el doctor Cobos es claro que sólo a partir de un trabajo académico interdisciplinario será posible seguir avanzando en el conocimiento de Chichén Itzá y su entorno y responder las preguntas que siguen surgiendo respecto a la gran capital maya.

Roberto Lunagómez Reyes, además de ser uno de los coordinadores de esta obra, participa en el contenido vía el artículo “Estudios regionales en el sur de Veracruz”. El investigador comienza su aportación señalando la problemática que ha implicado el hecho de las escasas investigaciones realizadas en las tierras bajas de la costa del Golfo de México, en contraste con los numerosos trabajos que atávicamente se han llevado a cabo en otras regiones de Mesoamérica como el Altiplano Central, la Zona Maya y los Valles Centrales Oaxaqueños.

Al hacer un puntual resumen de la historia de las investigaciones en la región desde el siglo XIX, caracterizadas por la búsqueda de grandes esculturas en piedra y ofrendas asociadas, Lunagómez pone énfasis en cómo se ha ido avanzando en el conocimiento arqueológico en las dos principales áreas fisiográficas del sur de Veracruz: la Sierra

de los Tuxtlas y las planicies aluviales de los ríos San Juan Evangelista y Coatzacoalcos, aplicando metodologías apropiadas para las condiciones geográfico-ambientales prevalecientes, lo que ha permitido un mayor conocimiento en temas anteriormente soslayados como el estudio de unidades domésticas, áreas de actividad, planificación arquitectónica, paleo-ambiente o patrones de asentamiento, además de poder establecer secuencias cronológicas para ambas regiones, con base en sus particularidades y características de desarrollo.

Los estudios sistemáticos, realizados principalmente en las dos últimas décadas, han denotado la riqueza y variabilidad cultural en el sur de Veracruz, queda claro al autor que la tarea es aún inmensa, tanto en áreas por reconocer cuanto en problemáticas a resolver, pero el camino se ha iniciado.

Cambiando de forma radical de región de estudio, y ya dentro del apartado de la “Bioarqueología”, el siguiente trabajo se refiere a la reseña de una intervención arqueológica, bajo el título “Proyecto de rescate de restos fósiles de megafauna en el municipio de Villa Hidalgo, Zacatecas” de la autoría del doctor Carlos Alfredo Carrillo Rodríguez y la maestra Silvia Puga Pérez, investigadores de la Unidad Académica de Antropología de la Universidad Autónoma de Zacatecas.

En su bien escrito texto los autores dan cuenta de cómo se originó la intervención a partir de una denuncia, y cómo se articularon diversas instituciones como el INAH, la UAZ, las autoridades municipales y de la Casa de la Cultura de Villa Hidalgo, entre otros, para llevar a buen fin la investigación.

Es digno destacar el buen planteamiento de la exploración, a pesar de ser una intervención de emergencia, lo que no fue óbice para establecer la participación de diversos especialistas que, con base en un cuidadoso levantamiento topográfico del contexto y su entorno, permitió una excavación controlada y sistemática, el análisis geológico del depósito y la identificación de los restos óseos recuperados.

Aun cuando la exploración no ha concluido, es posible adelantar que se trata de una paleo-cuenca sujeta a diversos eventos de desecación e inundación, en la cual se han encontrado restos de

varias especies como mamut y otros proboscidos, camélido y caballos, todos ellos propios del Pleistoceno final. A esto hay que incorporar la posible presencia humana, lo cual no es descartable dada la riqueza del yacimiento; mas tal posibilidad está sujeta a los resultados que arrojen las excavaciones del espacio aledaño, aún en curso.

Finalmente, y no por ello menos importante, se deben destacar las actividades de difusión que los autores y su equipo han realizado entre las autoridades locales y la comunidad. Esto, además de ser una obligación ética de quienes generamos conocimiento a partir de fondos públicos, permitirá sensibilizar a los actores sociales sobre la importancia de esta forma de patrimonio cultural.

Vera Tiesler sigue una de las líneas de investigación que con brillantez ha desarrollado, y aporta el trabajo “Formas cefálicas, etnicidad y cambio social en las franjas costeras del Golfo. Una mirada peninsular”. Es sabido en nuestra disciplina, y en las que le son afines, que en las sociedades mesoamericanas un rasgo cultural muy arraigado fue la modificación artificial del cráneo de los infantes. Con base en estudios sistemáticos de esta práctica, reflejados en el registro manifiesto en los restos óseos, así como del análisis contextual, ha sido posible definir tendencias culturales identificadas tanto en el ámbito regional cuanto en las variables cronológicas.

Con base en una amplia muestra de cráneos mayas, la autora establece como uno de sus objetivos definir las tendencias culturales que los artífices de esta costumbre buscaban descollar y contextualizar, lo que Tiesler denomina “plásticas mayas” en el marco pan-mesoamericano.

El análisis se fundamenta en tres categorías: una denominada “organoplástica”, referida a las sedes anímicas del cuerpo; otra que incide en la importancia costumbrista de la práctica que se refleja en la integración social de los infantes, y una tercera fundamental, según su autora, en este estudio y que denomina “emblemática”, y en sus propias palabras corresponde al “[...] significado visible que su resultado transmitiría a la colectividad y que sus portadores lucirían a lo largo de su vida”, y tendrían como resultado la enorme variedad de morfologías cefálicas identificadas en el periodo Clásico maya.

Con base en lo anterior, en el texto se describen de manera prolija la metodología y las técnicas empleadas en el estudio y la distribución espacio-geográfica de los resultados obtenidos a partir de las morfologías establecidas, para concluir que “el estudio de las costumbres cefálicas y sus resultados visibles en cráneos arqueológicos permiten trazar aspectos de identidad y cambio cultural a mediano y largo plazos, tal como lo muestran los patrones de distribución en el área maya durante el Clásico.” Enfatiza que los cráneos mayas con aplanamiento superior, práctica que se superpone a las deformaciones tabulares erectas y oblicuas, deriva de un cambio ideológico quizá relacionado con un dominio del culto a Quetzalcóatl.

En el apartado de “Arqueometría”, el primer trabajo lleva por título “Análisis de pigmentos prehispánicos mayas por medio de técnicas analíticas”, firmado Ma. del Rosario Domínguez Carrasco, William J. Folan, Pascale Villegas y Manuel E. Espinosa Pesqueira. Aunque este tipo de estudios ha probado su utilidad por más de cincuenta años, es en épocas recientes cuando se ha generalizado su aplicación en beneficio de las investigaciones arqueológicas, pues los resultados que suelen obtenerse son incorporados a los aspectos sociales, económicos y políticos, en tanto aportan información de primera importancia acerca de los elementos constitutivos de los materiales que forman parte de los procesos y técnicas de manufactura, de gran parte de los bienes que constituyen la cultura material de las culturas que conformaron el mosaico mesoamericano, como la pintura mural, los estucos —decorados o no—, escultura, cerámica, concha, metales, textiles, etcétera.

La tecnología de punta, cuyo empleo resulta ejemplar en el presente texto, permite profundizar en la esencia de los materiales, origen mineral, animal o vegetal, conocer la región o área de procedencia, características, formas de obtención y procedimientos de aplicación, lo cual no representa un mero *corpus* de datos materiales, sino además hacen posible aplicar los métodos más adecuados para su conservación o restauración. Entre los métodos más empleados se cuentan: difracción de rayos X, microscopía electrónica de barrido, microscopía electrónica de transmisión,

espectroscopia infrarroja, emisión de rayos X inducida (PIXE), fluorescencia de rayos X, entre otros, de los cuales los dos primeros fueron aplicados en estudio que nos ocupa.

Las muestras analizadas proceden de varias zonas arqueológicas del estado de Campeche, entre ellas: Calakmul, Edzná, Oxpepul, Chicanna, etcétera. Fueron 80 las muestras colectadas, y proceden principalmente de fragmentos cerámicos decorados y diagnósticos, estuco decorado y pigmentos aplicados sobre material pétreo, como estelas y altares.

Como parte de los resultados obtenidos se pudieron identificar distintos métodos de preparación de los pigmentos, de acuerdo con los sitios; se pudo identificar una fuente de arcilla (paligorskita) cerca de Naadzcan y presente sólo en Oxpepul, de donde se establece a este sitio como una zona de amortiguamiento durante el Clásico temprano entre los estados regionales de Calakmul y Rio Bec, además de los datos obtenidos sobre la composición química de los pigmentos analizados.

En el mismo tema de la “Arqueometría” tenemos el texto de Patricia Fournier, M. James Blackman y Ronald L. Bishop, “La Arqueología Histórica, Etnoarqueología y Arqueometría aplicadas al estudio de las lozas vidriadas en México: aproximaciones diacrónicas”. Con base en las metodologías señaladas —que implican el estudio de la cultura material y el apoyo documental, en la comparación etnográfica y en la aplicación de las ciencias duras al análisis de los bienes muebles—, los autores muestran ejemplos de los resultados obtenidos mediante la aplicación de técnicas de activación neutrónica en esta forma de cultura material y de uso cotidiano en los distintos contextos sociales y regionales novohispanos.

La hibridación tecnológica que se dio en la coexistencia de tradiciones hispánicas e indígenas se vio reflejada, por ejemplo, en el uso del vidriado con óxido de plomo o el uso de materias primas como la arcilla; no obstante, se mantuvo la necesidad de sustentar la construcción identitaria de los diferentes segmentos socioétnicos, propiciando una distribución heterogénea de los materiales que ahora sirven al especialista para interpretar los depósitos arqueológicos.

A manera de conclusión, Fournier y sus coautores destacan que sus estudios han permitido:

Comprender cuál fue la distribución espacial de vasijas que se manufacturaron en distintos centros productores.

Contar con información importante acerca de las poblaciones que consumieron esa cerámica en una u otra clase de asentamiento.

Llegar a inferencias acerca de tendencias de consumo desde mediados del siglo XVI hasta finales del XIX, con apoyo de fuentes documentales y de la misma evidencia arqueológica.

Ubicar las redes de comercialización de los objetos y sus uso en amplias áreas o en zonas restringidas.

Ya en el campo de la “Arqueología Histórica” tenemos el texto de Pascale Villegas, “Las tejas de Marsella en la costa campechana. Estudio preliminar.” Se trata de un texto muy conciso e interesante, en el cual la autora rastrea —en campo y en archivos— el origen y desarrollo de la importación de este elemento constructivo, cuyo uso implicó cambios en los diseños constructivos de fincas urbanas y rústicas características de franjas costeras en Campeche, Veracruz y Yucatán.

A propósito del estudio de ese elemento, la doctora Villegas incorpora al estudio datos acerca del comercio entre Campeche y Europa, intercambio de mercancías diversas de los usos más disímiles, por palo de tinte y caoba.

En cuanto a las tejas, logra establecer sus características tecnológicas y ubicar varias compañías productoras europeas. A propósito toca el caso de una eventual producción local, con la firma de dos hermanos de origen francés. Para dilucidar esta posibilidad plantea una próxima investigación aplicando técnicas arqueométricas a las tejas identificadas y, de confirmarse el hecho, abundar en los motivos, desarrollo y consecuencias de esta empresa. Finalmente llama la atención sobre la afectación que presentan esos ejemplos arquitectónicos patrimoniales al desmantelarse techumbres decimonónicas para recolocar las tejas en construcciones modernas y como parte de una moda.

En ese mismo apartado se incluye el texto “Arqueología de campos de batalla: el Peñón de No-chistlán”, de Angélica María Medrano Enríquez.

La autora comienza por definir el concepto de arqueología de campos de batalla o *battlefield*, así como las principales características de estos contextos que sirven al investigador para identificar como tal el espacio, la variedad de ámbitos y contextos (ciudades escenario de estos eventos, batallas a campo abierto y su conformación topográfica, inhumaciones masivas u osarios, o incluso batallas navales).

No deja de lado la importancia de la bioarqueología, que ayuda a identificar patrones de traumatismos evidentes en los restos humanos y, desde luego, el apoyo documental imprescindible para este tipo de investigaciones, cuando eso es posible. También se apoya en el análisis fotogramétrico, la prospección del terreno con métodos de observación directa o detección remota (radares, magnetómetros o detectores de metales).

Para el estudio de caso abordado en el texto, la doctora Medrano destaca la importancia de la Batalla del Mixtón (1541-1542) para la corona española, ante los conflictos bélicos entre caxcanes, grupos del sur de Zacatecas y pobladores europeos de la Nueva Galicia. Prueba de esta importancia es la participación en las dos principales batallas de Pedro de Alvarado y el propio virrey de Mendoza.

Los trabajos arqueológicos iniciados en 2004 ya han dado frutos, amén de probar la eficacia de la metodología antes señalada al ser aplicada en esos contextos. A la fecha se han localizado saetas de ballesta, balas de arcabuz, posibles albarradas defensivas, así como anomalías registradas con el radar y el gradiómetro, sujetas ahora a excavaciones en busca de posibles fosas. La subdisciplina de arqueología de campos de batalla, ahora aplicada a espacios del devenir histórico nacional, sin duda arrojará importante información sobre los eventos generados por esa faceta del ser humano: los conflictos armados.

El primero de las tres aportaciones que constituyen el apartado de “Cosmovisión e iconografía” es el artículo “Entre la tradición y el cambio; la cosmovisión y los rituales domésticos contemporáneos en Yucatán”, de Lilia Fernández de Souza. En un ameno texto, la autora toca un tema fundamental como la pervivencia de la ritualidad prehispánica en el ámbito doméstico contemporáneo.

A partir del ejemplo de la comunidad de Sihó, Yucatán, la investigadora define el marco conceptual en que fundamenta su estudio: “grupo doméstico”, “cosmovisión”, “religión” y “ritual”. De esta última noción destaca su característica de repetición, lo que resulta en la generación de evidencias materiales factibles de ser identificadas arqueológicamente, y donde la observación de rituales contemporáneos resulta a los especialistas de particular utilidad.

Con base en una doble orientación fundamentada en la etnoarqueología y el enfoque conjunto, la doctora Fernández retoma elementos básicos de la cosmovisión maya: la concepción espacial cuadrilateral y la relación de reciprocidad con los seres sobrenaturales. Con base en ello, la casa se constituye un microcosmos y el fogón puede estar jugando el papel de *axis mundi*. En torno a estos dos elementos la autora analiza los rituales de construcción de la casa, siempre relacionados con los cuatro rumbos cardinales y el punto central. Sobre ello se destaca que en la comunidad analizada una práctica prevaleciente consiste en depositar manos de metate en las esquinas y y/o en el centro de la casa. Estos elementos es común encontrarlos como ofrenda en sitios prehispánicos de Yucatán, e incluso en edificaciones decimonónicas.

Otros rituales que destaca la doctora Fernández son el hetzmek, que busca propiciar habilidades en los bebés a partir de ofrecerles objetos diferenciados y acordes a su sexo, en un ceremonial muy difundido. Otro ritual es el enterramiento del cordón umbilical: el de la niña en el fogón de tres piedras y el del niño en el monte, con los fines ya señalados; esta práctica también es referida en las fuentes históricas.

La autora concluye que, desde el punto de vista arqueológico, el estudio de rituales contemporáneos enriquece nuestro abanico de interpretaciones, como la observación de la constitución del contexto material como resultado de los rituales.

El segundo trabajo de este apartado es el texto de Lourdes Budar, bajo el sugerente título de “Líneas horizontales, líneas verticales. El símbolo de la trama como propuesta de representación de elementos del paisaje”. Se parte de la presencia

de un elemento, sin duda con una carga simbólico-ideológica inherente, representado en tres estelas ubicadas en ámbitos geográficos claramente diferenciados: Piedra Labrada, Veracruz; Los Horcones, Chiapas, y Xochicalco, Morelos, la doctora Budar propone una interpretación que implicaría asumir el símbolo de la “trama” como representación de los componentes de su entorno paisajístico.

La autora define al concepto del símbolo como “[...] una representación perceptible de una idea cuyo significado responden a la función de un grupo [...] los símbolos establecen una relación entre el macrocosmos y el microcosmos del ser humano [...] en el que pueden leerse la realidad social y la realidad mítica.”

La representación de su interés, las bandas cruzadas —vinculadas con el movimiento, con el cosmos, con lo divino y con el poder al identificarse como “estera/trono”, el denominado símbolo Pop maya—, aparece plasmado a lo largo de la historia cultural de Mesoamérica y a lo ancho de su geografía. No obstante, el elemento que estudia Budar, la trama con base en líneas verticales y horizontales circundada por dos círculos concéntricos, sólo aparece en los sitios mencionados. El análisis del emplazamiento de estos en lugares altos, circundados por cuerpos de agua y asociado a elementos de lluvia, lleva a la autora a identificar al símbolo “trama” con campos de cultivo rodeados por ríos; y si se busca asociarlo al poder, sería a través de la riqueza implícita en el dominio de estos campos de cultivo y sus productos.

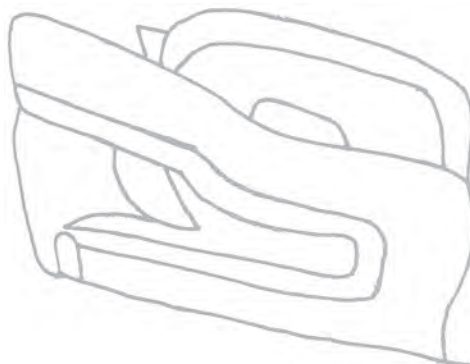
Este apartado, y el libro en su conjunto, cierra con el trabajo de Sara Ladrón de Guevara, “El altar de El Tajín. Una representación iconográfica de la imagen cognoscitiva del paisaje”. La autora elige como hilo conductor conceptos retomados de la arqueología del paisaje para analizar de manera conjunta tres elementos que se conjugan y complementan: el propio entorno natural que rodea a la emblemática zona arqueológica; la distribución espacial de la ciudad prehispánica, y el altar del Edificio 4, el cual sintetiza la cosmovisión de los constructores y grupos en el poder de El Tajín.

La doctora Ladrón de Guevara concluye que el establecimiento prehispánico no fue azaroso,

sino definido bajo consideraciones de carácter ideológico para reproducir en su entorno la concepción cosmogónica de su realidad; en el mismo orden de ideas, el arreglo de la ciudad obedeció a similares principios al recrear los elementos generadores de la vida: la tierra, el fuego, el viento, el agua y el movimiento. La tierra, representada de manera fehaciente en la iconografía del monstruo devorador de los muertos plasmada en distintos monumentos; el fuego, convertido en sol y representado en la Pirámide de los Nichos; el viento, presumiblemente asociado a la Xicalcolihqui y sus probables 260 nichos; el agua, evidente en las corrientes que discurren por la urbe. El quinto componente, el movimiento, estaría presente en la distribución sinuosa de la traza urbana. Estos mismos elementos estarían representados en el altar del Edificio 4. En unas imágenes muy bien logradas, la doctora Ladrón de Guevara interpreta e identifica los elementos señalados de forma indubitable:

[...] el agua en las esquinas, la tierra abajo, como sustento, el fuego en el centro a manera de oquedad, el aire en los espacios superiores a manera de ornamentos de los personajes y el movimiento plasmado en los elementos que se entrelazan en torno a los círculos concéntricos que ornán la oquedad. A partir de estas lecturas la óptica con la que hemos visto a El Tajín tendremos que repensarla.

Deseando que esta reseña responda a los fines perseguidos por los autores, invito a los lectores, especialista o no, a degustar esta bien concebida y mejor lograda obra.



REVISTA DE LA COORDINACIÓN NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA

ARQUEOLOGÍA

SEGUNDA ÉPOCA ♦ JULIO, 2013

46



♦ *Otolitos asociados a la Prehistoria tardía del Alto Golfo de California*

♦ *La tradición Teuchitlán a través del estudio de obsidiana*

♦ *Petrograbados del Cerro Barajas, Guanajuato*

♦ *Presencia huasteca en la Sierra Gorda de Querétaro*

♦ *Hoja-mapa de la "Historia tolteca-chichimeca"*

♦ *Evidencias arqueológicas en un "basurero ritual" de Coyocacán*

♦ *Influencia del Clásico en el Cerro de la Estrella, Ixtapalapa*

♦ *El Juego de Pelota de Capulac-Concepción, Amozoc*

♦ *Arqueología en la Alta Sierra Madre del sur de Guerrero*

♦ *Detección de tenbronina en cerámica olmeca, San Lorenzo, Veracruz*

♦ *Formas cefálicas, etnicidad y movilidad poblacional en la costa oriental de Quintana Roo*

♦ *Caja conmemorativa de la batalla de Chapultepec del 13 de septiembre de 1847*



 **CONACULTA**  **INAH**